



directora de la INSTITUCIÓN TERESIANA

Los Negrales, 21 de julio de 2018

Asamblea de todas las Asociaciones de la Institución Teresiana

Discurso de apertura.

1. Convocados por la Fe en el Dios de la vida

Os doy la bienvenida a cada uno y a cada una, miembros de la Asociación Primaria y de las... asociaciones ACIT de la Institución Teresiana representadas en esta asamblea.

Nos encontramos personas de culturas, de lenguas, de edades, de profesiones y de experiencias familiares diversas convocados por la vocación que compartimos.

Cuando Jesús llamó a sus discípulos, ellos sintieron que algo había cambiado en sus vidas.

Se sentían renacer, se sentían entendidos, comprendidos, amados. Y esto les hacía ir a anunciar a otros, “venid y veréis”. Sus vidas cambiaron para siempre. Y al mismo tiempo seguían haciendo la vida normal de su tiempo, como hombres de su tiempo: tenían hambre y comían, tenían sed y bebían, estaban cansados y descansaban, iban al templo y rezaban, visitaban a los amigos, a los enfermos, a los pobres... (Edward Schillebeeckx († 2009), narraba así esta experiencia)

A nosotros también nos ha cambiado la vida y esa experiencia es lo que nos convoca hoy aquí. Porque en nosotros esta llamada se ha hecho vocación, estilo de vida, comunidad, compromiso.

Somos una “comunidad convocada por Jesús y guiada por el Espíritu que escucha la llamada a proclamar a todos y a todas la alegría del Evangelio, al estilo de Pedro Poveda”, como dijimos en la Carta de Convocatoria a esta asamblea.

Hoy podemos decir personalmente y como Institución Teresiana representada por los que estáis aquí: la fe nos ha salvado, nos ha convocado, nos ha puesto en camino y nos ha reunido. Seguro que al acabar el Encuentro oiremos las palabras del evangelista: *La fe os ha salvado, id en paz.* (Mc 5, 34)

Y como la fe se fortalece creyendo, como decía San Agustín, **la Asamblea va a ser un acto de fe**, una experiencia de fe, una celebración de la fe.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. *Lc 1, 38*).

Por la fe, los apóstoles fueron por el mundo entero, y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, a la oración y la fracción del pan, poniendo en común sus bienes.

Por la fe, los mártires, y entre ellos Pedro Poveda, entregaron su vida como testigos del Evangelio.

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, lengua y cultura, han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir a Jesús en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

Por la fe, también nosotros estamos hoy aquí: reconociendo la presencia del Señor Jesús, en nuestras vidas y en la historia de la familia Teresiana. La fe de Pedro Poveda, de Josefa Segovia, de tantas generaciones de hombres y mujeres que nos han precedido y se han sentido llamados a encarnar el carisma inspirado a san Pedro Poveda.

En la actualidad podemos sentir dificultad para discernir los signos del resucitado en nuestro mundo; nos equivocaremos si nos preocupamos por estadísticas y resultados, la fe no es un concepto mensurable, como tampoco lo es la vocación a la que hemos sido llamados. Son experiencias de relación y de confianza.

Apoyémonos en la intuición de Pedro Poveda que decía en 1929:

Tengo el convencimiento de que todo es Obra de Dios, (...), y por Dios se hizo y se hace todo, (...), de aquí la fe con que acometen sus empresas, la paz con que obran, la seguridad con que esperan el fruto de su labor; porque toda la fuerza, toda la seguridad, y toda la esperanza es de Dios, por Dios y para Dios (P.P. Creí por eso hablé, [297])

Sus palabras programáticas de hace prácticamente un siglo, lo son hoy también para nosotros:

Vosotros pues, aplicando todo cuidado, juntad a vuestra fe virtud y a la virtud ciencia, y a la ciencia templanza, y a la templanza paciencia y a la paciencia piedad (2 P 1, 5-6)

Lo primero la fe, sigue diciendo Pedro Poveda, y con ella la virtud y la ciencia. Porque el secreto de la santidad de los primeros cristianos no ha de encontrarse en la diferencia de los tiempos, (...), sino en la fe viva que engendraba la caridad

y daba sus naturales frutos que son las virtudes (Pedro Poveda, Creí, por eso hablé, [111])

1.2. Una fe creíble

Con frecuencia constatamos entre nuestros contemporáneos dificultad para creer. Y otras percibimos que el mundo en que vivimos se opone a Dios, a su misterio y a su misericordia.

En nuestras sociedades tocadas por la secularización nadie es capaz de medir la influencia del Evangelio, la influencia de un contacto personal con un testigo del Resucitado, un gesto, una palabra, cuando de una u otra forma queda tocado el corazón de una persona.

Muchos han desplazado a Dios de su vida; viven como si Dios no existiera. Se trata de una visión social cada vez más generalizada, sobre todo en occidente, donde el modo de entender la vida, los criterios y la convivencia, indican una ruptura entre el Evangelio y la cultura.

Este fenómeno afecta también a los creyentes, y el debilitamiento de la fe, debilita la misión. Necesitamos, por ello, volver a fundamentar nuestro creer y esperar; afianzar nuestra existencia en el encuentro personal con el Dios de la vida, que da respuesta a los interrogantes, anhelos y deseos más profundos y vitales.

En lo más profundo de la persona humana está el deseo de una presencia, el deseo de una comunión profunda. Este deseo de Dios es el principio de la fe. Muchos se preguntan a nuestro alrededor, pero ¿qué es la fe?”. La fe es una confianza en Dios, un grito de confianza, que renovamos cada día, decía el Hermano Roger de Taizé.

Creemos con la inteligencia, con la voluntad y con la afectividad. Porque detrás de la fe hay deseo, búsqueda, decisión, y compromiso. *Gustad y ved qué bueno es el Señor.* (Salmo 34,9)

Creemos no un conjunto de verdades, de doctrinas o de ideas; nuestra fe es la adhesión y el seguimiento a una persona: Jesús, en quien creemos y en quien hemos puesto toda nuestra confianza.

Esta relación se nutre de la escucha de su palabra, de la oración y de la misión por colaborar a construir su Reino de justicia y amor. Se traduce en vivir para ser *sal de la tierra y luz del mundo.* (cf. Mt 5,13-16).

Si de verdad creemos que el cristianismo es una forma de humanización, de orientación de sentido de la vida, nuestra fe será creíble para los demás, como lo es el amor y la esperanza.

Si somos capaces de dar razón de nuestra esperanza. Si rechazamos toda actitud de crispación, de encerramiento, de miedo o de negación de un futuro posible. Si verdaderamente somos testigos de la esperanza que nos habita, nuestra fe será creíble y fecunda.

La tarea y la vocación de los cristianos en la crisis actual consiste sobre todo en mantener viva una visión común, una fe y una esperanza. (Martin Maier, secretario del JESC Jesuit European Social Centre)

En el Documento de trabajo para esta asamblea lo expresamos con estas palabras:

Nos urge exponernos ante Dios y consentir que Él nos descoloque y nos lleve a traspasar fronteras, a trascendernos, a decir que sí de nuevo a su Proyecto del Reino, alegres y confiados en que somos “meros instrumentos de los que se vale Dios nuestro Señor para que lo conozcan y lo amen. (Doc. trabajo A.T.A. Sal de tu tierra, 2018)

Por eso me gusta, al iniciar este encuentro internacional dar gracias a Dios por la vida de cada uno de vosotros y de vosotras, y hacerlo con las palabras de Pablo a los Tesalonicenses:

Damos gracias a Dios recordando vuestra fe activa, vuestro amor solícito y vuestra esperanza perseverante (1, Tes 1,3)

Seamos testigos, en estos días, de esta acción de gracias de Pablo, y llevémoslo después a nuestros lugares de origen, a nuestras tareas cotidianas.

No nos dejemos robar la esperanza, dice el papa Francisco en su exhortación “La alegría del Evangelio”.

2. “Con la cabeza y el corazón en el momento presente”. Una fe Encarnada

Compartimos una espiritualidad de encarnación que nos lleva, como a san Pedro Poveda, a vivir *con la cabeza y el corazón en el momento presente*. O como lo expresara el Concilio Vaticano II: *Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón...* (Gaudium et spes, 1)

Quiero ofrecer algunos rasgos para vivir una fe encarnada en el mundo de hoy y que me parecen fundamentales al orientar el nuevo sexenio:

- 2.1. Una fe inquieta y esperanzada
- 2.2. Vivir la diversidad, como fuente de creatividad
- 2.3. Caminar en comunión: signo profético.
- 2.4. El Kairós de la sinodalidad: corresponsabilidad, articulación de dones y carismas.
- 2.5. Acoger la llamada a la santidad, como plenitud de la fe

2.1. Una fe inquieta y esperanzada

En la raíz de nuestra espiritualidad hay una herencia de búsqueda e inquietud, de riesgo y apertura a las sorpresas de Dios en la vida y en la historia., a la vez de confianza y esperanza. Las experiencias de Santa Teresa, de Pedro Poveda, de Josefa Segovia y de tantas personas nos lo revelan.

La experiencia espiritual que compartimos necesita de la inquietud interior, de interrogarse y vivir despiertos en busca del sentido de la vida.

Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti, decía san Agustín.

Nuestra alma permanece inquieta al dejarse sorprender, al estar disponible, al abrir caminos y horizontes nuevos. Es lo opuesto a vivir en la fortaleza de las certezas y de las seguridades. Esta inquietud que Fernando Pessoa llama “*la impaciencia del alma*” en su obra “El libro de la intranquilidad”, nos lleva a vivir la fe como una manera de encarnar hoy la esperanza. *Contamos con la esperanza, que es como un ancla firme y segura.* (Hebreos 6,10-20)

En el evangelio de Mateo (Mt 26,41) Jesús nos invita a mantenernos en vela, despiertos, atentos a la vida que crece, que se expresa en las búsquedas y en los gritos de la humanidad. Podríamos decir que la inquietud es la impaciencia del alma que vela y que espera. En eso verán que somos los discípulos del resucitado.

En la Anunciación, María recibe el anuncio de lo inesperado, de lo sorprendente, de lo inimaginable, junto a una palabra de confianza: “*No temas*”. Palabra que abre a la confianza, a la locura de un amor que nunca le fallará.

La inquietud de la que hablamos y que el mundo de hoy necesita es así, sorprendente y creadora de vida. Nos hace capaz de renunciar a una vida de certezas y de seguridades, porque ponemos nuestra confianza en Jesús, nuestra esperanza. En su manera de vivir, tal como nos lo relatan los Evangelios, observamos que camina con la gente y se encuentra con ella.

Jesús camina, anda, se desplaza continuamente, buscando a la gente, sube a la montaña y baja al valle, se retira a orar y vuelve al tumulto de la vida, raramente toma el mismo camino; no evita ni desiertos ni lagos, no duda en pedir hospitalidad, porque *el hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza*. Podríamos decir que su inquietud es el dinamismo de la búsqueda para el encuentro y la relación con las personas. En Santa Teresa reconocemos esta actitud andariega y de salida.

Jesús sale al encuentro, busca a la gente, se deja encontrar. Y no hay nada más despertador de conciencia que un encuentro con alguien que te muestre un camino, que te hable de sentido, que te despierte y te envíe desde el amor y la confianza.

No nos quedamos igual cuando experimentamos un verdadero encuentro de amistad, de familia, de comunidad; con personas que conocemos en la parroquia o en el trabajo; o con las que nos acercamos en la calle. Cuántas veces sentir al otro, su alteridad es experiencia de curación, de aliento, de envío. Jesús en el evangelio nos invita continuamente a volver a empezar, a arriesgar una palabra, un silencio, un perdón, un abrazo, en definitiva un encuentro,

En marco de esta Asamblea podemos preguntarnos, ¿caminamos suficientemente con los jóvenes, con otras familias además de las nuestras, con el que es diferente... o simplemente los observamos? ¿Salimos a su encuentro, o esperamos a que ellos vengan? ¿Compartimos sus vidas, sus alegrías y sus penas, o nos dejamos inmovilizar por nuestras propias seguridades? ¿Escuchamos el grito de los pobres y el grito de la tierra, orientando nuestras decisiones según la solidaridad y el cuidado de la casa común?...

Nuestros jóvenes y muchos otros, nuestras familias y otras que aún no conocemos; las personas con las que caminamos, esperan encontrar en nosotros compañeros y compañeras de camino, creyentes alegres y esperanzados, que por ello indican caminos de futuro, y que en sus acciones muestran tramas de humanización para el mundo que compartimos.

Hoy estamos aquí para contagiarnos de una fe inquieta que nos movilice, nos haga salir de las certezas y las seguridades y nos lleve a discernir los caminos que nos suscite el Espíritu.

Teresa de Jesús nos invita cuando dice: *Pobre alma la que hasta en deseos se contenta con poco*, porque la fe así vivida nace de un deseo profundo que moviliza toda nuestra vida y que solo encuentra descanso en Dios.

Ayudémonos a sentirnos inquietos, en búsqueda, a salir de nosotros mismos para mirar la realidad del mundo que Dios nos ha confiado.

2.2. Vivir la diversidad, como fuente de creatividad

La diversidad hoy es la nueva Pentecostés. Es entrar en una dinámica que nos recuerda continuamente que el cristianismo es plural, como lo es la llamada a encarnar hoy el carisma de Poveda.

Debemos aprender de nuevo el valor de la diversidad, pero no solo teóricamente, sino prácticamente. Por lo tanto, debemos abandonar, si aún lo anhelamos, el sueño, quizá el mal sueño, de la uniformidad, porque esconde el deseo de que todo sea igual para todos, de medir a todos por el mismo rasero; incluso de querer imponer un modelo, una manera, una forma de entender el mundo, la vida y también la fe o la vocación.

La fe, como la vocación, es un camino de diversidad, de pluralidad de expresiones, formas y de riqueza compartida. Es un camino que debemos recorrer en comunión, como lo hizo Jesús, que se sentó a la mesa de los pecadores, de malhechores y de sus discípulos; de los ricos y de los pobres, de los ancianos y de los niños. Que se compadeció de los enfermos y desterrados, defendió a las mujeres juzgadas por su condición y llevó la ley hasta sus límites, *no es el sábado para el hombre, sino el hombre para el sábado.* (Mc 2,27)

Caminar hoy con la gente, ser compañeros de camino, es caminar con la diversidad, es caminar en diversidad, es buscarla y desearla, es fomentarla y acompañarla. Pablo nos impulsa: *No extingáis la acción del Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedáos con lo bueno. Cuidáos del mal en todas sus formas.* (I Tes 5, 19-22).

– Necesitamos aprender a discernir lo que es de Dios en la diversidad presente en la vida cotidiana.

No nos preocupemos por la influencia que podemos ejercer en la sociedad, ni por el resultado de nuestra acción, porque la verdadera influencia cristiana es llevar un mensaje de humanización y redención donde nos encontramos en el día a día. La espiritualidad cristiana es el arte de vivir humanamente, de humanizar todo lo que tocamos, de ser plenamente humanos sabiéndonos plenamente de Dios, que es quién nos ha llamado, quién nos sostiene, quién nos envía y quien nos salva. Este es nuestro secreto.

Si las personas viéndonos vivir y actuar perciben que nuestra vida tiene sabor, tiene gusto, y sabemos compartir nuestro secreto, podrán a su vez preguntarse por el sentido de la suya y en esas condiciones el anuncio de Jesucristo, como fuente de plenitud y de sentido, será algo natural. Será fruto del testimonio, del diálogo, pero nunca de la imposición, ni de la obligación.

El documento que vamos a trabajar y que es el resultado de una diversidad de miradas y de presencias de la Institución, nos invita en la primera parte a tejer la diversidad, desde la inclusión, el diálogo y la igualdad.

Con palabras y lenguajes a veces diferentes, con matices propios nacidos de las biografías y sensibilidad de cada persona, de los contextos, las situaciones y las culturas, no hay afirmación más repetida entre nosotros que la necesidad y el anhelo de cultivar y fortalecer la experiencia de nuestra espiritualidad de encarnación en todas sus vertientes y dimensiones, en toda su profundidad y consecuencias, en todas sus posibles articulaciones. (Documento de trabajo Sal de tu tierra, A.T.A. 2018)

Hacer real este sueño compartido, habrá sido vivir la diversidad como fuente de creatividad, en el compromiso de caminar con jóvenes, con familias, con tantas personas que sufren en nuestras sociedades en cambio.

2.3. Caminar en comunión: signo profético

Nuestra fe es trinitaria. El Dios de los cristianos se manifiesta como el Dios único y al mismo tiempo diverso, un Dios creador y un Dios que libera, un Dios que salva, un Dios que se encarna.

Acoger, acompañar y desarrollar la diversidad por la que queremos apostar y a la que nos sentimos enviados, pide de nosotros caminar en comunión.

La diversidad forma parte de nuestra vida cotidiana, pero la comunión es el resultado de una decisión, de una actitud activa; nos pide desearla, construirla, comunicarla.

Porque no se trata de estar de acuerdo en todo, ni de tener la misma sensibilidad o las mismas prioridades. Se trata de mirar en la misma dirección, de caminar hacia los mismos objetivos, según *la vocación a la que hemos sido llamados*.

Pedro Poveda lo expresa muy claramente cuando en 1918 decía al marcar el rumbo de la Institución Teresiana:

Aunque se reconozca que la diversidad de caracteres, cultura, etc., imprimen modalidades especiales que son inevitables, no queriendo, ni mucho menos, anular la personalidad propia, sino antes bien procurando perfeccionar la de cada persona, debe existir un algo sustancial, idéntico para la formación de todas, y ese algo hay que definirlo bien, para que todos lo sepan, lo enseñen y lo ejecuten. Si no salvamos este algo sustancial, la Obra no llegara nunca a tener una fisonomía propia y definida (Pedro Poveda, Creí, por eso hablé, [95])

La fe es una experiencia de comunión, de Pueblo de Dios. De comunidad que camina en comunión con una historia común de alianzas tejidas y compartidas con ternura, misericordia y perdón.

Para crear comunión a veces lo esencial no es lo que tenemos, lo que hemos logrado, sino lo que juntos percibimos como inacabado y que queremos construir, es el

resultado de una interdependencia que se teje para dar respuesta a aquello que queremos aportar y que queremos hacer juntos.

Caminar en comunión es ejercitarnos en un amor activo, que perdona, que cura, que sana, como nos recordaba Pablo hablando a los Tesalonicenses: *Damos gracias a Dios recordando vuestra fe activa, vuestro amor solícito y vuestra esperanza perseverante. (1, Tes 1,3)*, o cuando dirigiéndose a los Gálatas, afirma: *Para los que están en Cristo Jesús, solamente vale la fe que actúa mediante el amor. (Gal 5,6)*.

A veces podemos sentirnos vulnerables, pero la vulnerabilidad más grande que podemos experimentar es la de amar. Es el amor el que nos hace vulnerables, que nos acerca al misterio del otro, a la fragilidad del otro y a la mía propia. Ser hoy proféticos no es solamente apostar por la diversidad, lo verdaderamente profético es caminar en comunión, crear comunión.

Los tiempos de dudas y de crisis necesitan también ser vividos en comunión. Requieren diálogo, verdad desde la fe y apertura de mente y corazón.

La fe es viva si queriendo mirar siempre hacia adelante, no evita ningún combate, ni sufrimiento, ni crisis. Cuando compartimos dudas y situaciones de crisis juntos, dejamos entrar al otro a mi espacio interior de búsqueda y damos lugar a la comunión.

Un amor en obra y en verdad, es un amor que no busca la semejanza al yo, ni siquiera al nosotros, sino el avanzar juntos, mirando hacia adelante, dándonos la mano, abriendo las puertas de nuestras casas, de nuestras actividades. Y esto es válido para los jóvenes, para las familias, para los adultos y para los ancianos.

¿Qué espacios, experiencias, proyectos, actividades, van a expresar la comunión en la diversidad que somos y vivimos? ¿Vamos a ser capaces de ampliar nuestra acogida a personas con historias muy diversas a las nuestras, con recorridos menos lineales que la mayoría de nosotros, con trayectorias de vida, familiares, profesionales, culturales, religiosos diversos?.

En estos días en los que contemplamos construir líneas comunes os invito a hacerlo desde la comunión trinitaria, que es la expresión más profunda del amor de Dios.

Pedro Poveda en 1916 decía: *La Obra necesita ser fuerte, de un perfecto equilibrio. Las dos fuerzas, centrípeta y centrifuga, mantienen este equilibrio, y esas fuerzas son la oración y la unión y la caridad fraterna. Si falta la primera os disiparéis, no llenaréis vuestro cometido. Si falta la segunda, no estaréis en el mundo, no llenaréis vuestra misión. (Pedro Poveda, Creí, por eso hablé, [79])*

Hoy somos comunión en la diversidad, una Institución que acoge ritmos, colores, lenguas, idiomas, proyectos, diferentes y diversos.

2.4. El Kairós de la sinodalidad: corresponsabilidad y articulación de dones y carismas.

La sinodalidad es una de las expresiones de la comunión. Es un rasgo que ha acompañado la historia de la Iglesia, sobre todo a la Iglesia de oriente y a las comunidades eclesiales. La Iglesia latina, luego de una larga experiencia sinodal durante los primeros siglos de la era cristiana, la fue abandonando. Pero con el Concilio Vaticano II se recupera como signo de la eclesiología de comunión.

En la Institución Teresiana la sinodalidad es el modo de expresar la corresponsabilidad y la participación de todos y de todas en la vida y en la misión como asociación internacional de fieles. Y la entendemos como un kairós, un tiempo de Dios para una asociación que es comunión en la diversidad.

Es la experiencia que favorece a que cada persona y cada realidad local encuentre su lugar, su responsabilidad, su aportación única y específica al conjunto. Y la podemos vivir en acontecimientos extraordinarios, como éste, pero sobre todo en lo más cotidiano, en el vivir diario, en las relaciones, el trabajo, las actividades culturales, la vida familiar y asociada, la celebración de la fe, en el aportar sugerencias, el compartir ideas y animar las comunidades.

La podemos vivir en el estilo propio de los grupos ACIT o de las agrupaciones de la AP, en los encuentros por ciudad, en las convocatorias a colaboradores, amigos, familias; todas son expresiones de diversidad que queremos aprender a valorar cada vez más, para crecer en comunión.

Para avanzar de este modo nos ayudará cultivar la formación en una espiritualidad de la comunión, la práctica de la escucha, el diálogo y el discernimiento comunitario.

La asamblea es una experiencia de sinodalidad. Debemos poner atención para no concentrar demasiadas responsabilidades en pocas personas, valorar la aportación de cada uno, sobre todo en esferas de competencias que no todos hemos adquirido; mirar con apertura de corazón, sin sospecha ni recelo, lo que llega de diferente y diverso de otras culturas, de algunas minorías, de generaciones más jóvenes; acoger aquello que aparentemente nos puede desinstalar.

Y después de de la asamblea, seguramente se abrirán retos que pedirán nuevas miradas y un ejercicio de conversión personal y comunitario. Algunos ya los podemos vislumbrar:

- La necesidad de una acogida en lo local en una dimensión más internacional, de propuestas creativas, diferentes, que presenten personas, grupos, países.
- Facilitar una verdadera actualización en los diferentes campos de misión que como carisma queremos ofrecer hoy de manera adecuada.
- Una mejor articulación y complementariedad entre proyectos y actividades a nivel local.

- Una mejor articulación entre las realidades locales cercanas, por zonas geográficas o continentales.
- Una mejor articulación entre lo local y lo internacional, lo sectorial y lo general.
- Una renovada formación para el ejercicio de la responsabilidad, de la animación de las comunidades.
- Un paso decisivo en el diálogo y en el encuentro con hombres y mujeres de diferentes confesiones y convicciones religiosas para realizar juntos una cultura del encuentro y de la paz.

2.5. Acoger la llamada a la santidad, como plenitud de la fe

La santidad no está reservada a unos pocos. La gran novedad del evangelio es que todos estamos llamados a la santidad, a ser santos viviendo desde el amor las ocupaciones de cada día: el trabajo, las relaciones, la familia, la amistad, y allí donde cada uno se encuentra.

En su última exhortación el Papa Francisco dice:

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

Y continúa: *No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó.*

Nos convoca la fe, nos convoca la vocación y el deseo de descubrir y de realizar en el día a día el sueño de Dios para cada uno de nosotros y el sueño de Dios para la Institución: *La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo, con la santidad más verdadera, siendo al propio tiempo humano, con el humanismo verdad.* (San Pedro Poveda, 1916, Amigos fuertes de Dios, 94).

En las bienaventuranzas encontramos los rasgos de la santidad; son llamadas a la felicidad, llamadas a la plenitud de la fe, del amor y de la esperanza.

Ser pobre de corazón, reaccionar con ternura, llorar con quienes lloran, buscar la justicia con hambre y sed, guardar el corazón puro, sembrar la paz a nuestro alrededor, mirar y actuar con misericordia, desear que crezca el Reino de Dios, responder con mansedumbre cuando somos perseguidos por Cristo, son rasgos de la santidad a la que hemos sido llamados.

Y a esta santidad todos hemos sido llamados, todos, en cualquier situación de vida, de edad, de salud o de enfermedad. Por eso uno de los acentos que el Papa Francisco

enumera en su exhortación es la audacia, como entusiasmo y empuje evangelizador que deja huella.

En este encuentro de la audacia en la fe, necesitamos más que nunca del empuje del Espíritu para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros, de límites bien definidos, de experiencias ya conocidas. Estos confines seguros tienen muchos rostros o muchas tentaciones: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, relativismo, refugio en las normas.

Dios siempre es novedad, una novedad que nos empuja a salir, a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, y a buscar en su nombre las periferias y las fronteras. El Dios encarnado en Jesús, nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida.

¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! afirma con fuerza el papa Francisco. Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no teme las periferias. Él mismo se hizo periferia. Y si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos. Esa es la espiritualidad de encarnación que queremos vivir.

Jesús nos dice a cada uno de los que estamos aquí reunidos: *¿Me amas?, ¿Me amas más que estos?, Apacienta mis corderos, ... ¿Me amas? Se el pastor de mis ovejas, ... ¿Me amas? ¿Me amas más que estos? Apacienta mis ovejas.*

Y ojalá escuchemos en el silencio de nuestro corazón: *En verdad, cuando eras joven, tú mismo te ponías el cinturón e ibas a donde querías. Pero cuando llegues a viejo, abrirás los brazos y otro te atará la cintura y te llevará a donde no quieras.*

Es una manera de decirnos que el cambiar a la escucha de la vida tiene sentido, aunque la costumbre, lo repetitivo pueda seducirnos y tranquilizarnos. Y que el acostumbrarnos ante lo que pueda ser costoso, hace que no nos enfrentemos al mal y permitamos que las cosas “sean lo que son”, o lo que algunos han decidido que sean.

En este encuentro dejemos que el Señor venga a despertarnos, a movilizarlos, a liberarnos de la inercia que nos bloquea y nos ata al pasado.

Pidamos al Espíritu la capacidad de desafiar la costumbre, abramos el corazón a la inquietud de la fe para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por la Palabra viva y eficaz del Resucitado.

Los santos siempre sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y adormecedora. Pidamos al Señor ser en estos días “*santos que sorprenden y desinstalan*”, que interpelen, cuestionen, movilicen las mejores energías al servicio del Reino. Y pidamos al Señor la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame con fuerza que demos un paso adelante.

¿Habéis pensado alguna vez, decía Josefa Segovia en 1954, en lo que sería la Institución si fuéramos auténticamente santos? (...) La parte de Dios está asegurada y es firme. (...) La gracia ha sido abundante, fecunda, continua. (...) Pero junto a la parte de Dios, hemos de poner la nuestra. Y aquí viene mi miedo y mi esperanza. Miedo si no cumplimos. Esperanza, si vamos hacia la santidad con paso decidido y firme. (Josefa Segovia, Libro de cartas, Llamamiento a la santidad, pág.564 y ss).

Continúa Josefa Segovia enumerando algunos aspectos que pueden ayudarnos a avanzar hacia esa meta, y recuerda: la vida interior, la oración, la entrega sin medida, el olvido de sí, son de medios que pueden orientar y acompañar nuestro deseo de santidad.

Y concluye más adelante con unas palabras que hoy podemos hacer nuestras ante la oportunidad de estar en Asamblea.: *Estamos en un momento decisivo para la historia de nuestra Obra y es preciso aprovecharlo. (...) El momento es crucial. O nos lanzamos a la vida de perfección o condenamos a la Institución a una vida mediocre, vulgar y poco brillante.*

Decíamos al comenzar estas palabras, que la fe nos convoca, la llamada de Dios nos convoca, pues bien, al concluir estas palabras de apertura, me gusta terminar con esta invitación: la santidad nos convoca, la santidad como plenitud de la vida a la que hemos sido llamados, como horizonte de realización de cada uno de nosotros y de la Institución como comunidad de fe y de esperanza.

Queda inaugurada la Asamblea de todas las Asociaciones a.e. 2018 y os invito a vivir con audacia y lucidez, ***la Asamblea de la fe y del envío a vivir en esperanza***”

Maite Uribe
Directora General